

Fotos: Mario Morenza

EL SECUESTRO DEL INTELLECTUAL

CRÓNICA SOBRE EL II CONGRESO CRÍTICO DE NARRATIVA VENEZOLANA

Por Nicolás Gerardi

EL DE LITERATOS E INTELLECTUALES ES UN MUNDO DE OTRA GALAXIA. ASÍ, UN ENCUENTRO COMO EL II CONGRESO CRÍTICO DE NARRATIVA VENEZOLANA BRINDA LA OPORTUNIDAD DE SER NARRADO EN CLAVE DE MISTERIO CON UNA BÚSQUEDA QUE PROPONE PREGUNTAS FUNDAMENTALES E INELUDIBLES A LA LITERATURA CRIOLLA

La agencia de la interzona envió las primeras indicaciones a mi habitación de hotel en Margarita: “Libera a Gonzo, únete con él de modo tal que tu verbo sea reflejo de tu acción y así de tu informe”, decía.

Consciente del hecho de que el congreso inicia al día siguiente, puedo afirmar con puño y letra que el Valium diluido en Pampero con Piola es menos poderoso de lo esperado. (Nota confidencial: la subida te hace sentir como un crítico literario norteamericano, perdido en un mundo de estructuras invisibles. Nota Geográfica: existe el equivalente al HHH —para los no habitantes de la interzona paraíso— en la isla, elixir frío destilado de cebada en 8 Bsf. a la orilla de la playa).

Ese fue mi primer informe, lo escribí en la arena con la ayuda de la señorita S to F, contacto de mi informante la señorita Y-Mar.

Como está previsto, el miércoles 5 inicia el congreso, mi UxsE (ponencia, para los que no son de la interzona) es en la Sala 3 después del almuerzo. El escritor homenajeado de la segunda Bienal de crítica a la narrativa venezolana es Carlos Noguera, quien como narrador ha forjado ciertos lazos con la oralidad en sus novelas y cuentos, pero como persona no parece de confiar; escondido debajo de una boina tiene ojos de impertinente prepotencia. Durante el acto de apertura una libélula me trae un yesquero y mientras fumamos me explica mi misión escrita con carboncillo en un pedazo de ceniza. “Encuentra a Gonzo: identifica a los catedráticos”.

José Balza parece ser líder protegido por las fuerzas todopoderosas de María Eugenia Martínez. Es el tótem e ideal, secundado por Carlos Sandoval y Ángel Gustavo Infante, representantes del canon de críticos y académicos que se dedican también a la ficción. La UxsE dedicada a Carlos Noguera y escrita por Balza fue un transitar informe por el cariño mutuo que solo la adulación a uno mismo puede forjar. Hablar bien del mejor amigo, enalteciéndose al enaltecerlo. Durante la lectura de José Balza todos intentaban reconocerse. Justo en ese momento cuando el clima libresco se apoderaba del ambiente, la lectura derramaba su azabache al aire, la realidad se teñía de sepia como hojas de un libro viejo; el ácido iniciaba su poderoso efecto mezclando los rostros de Gisela Kosak con Gianina Olivieri en una sirena desfigurada por el motor de las lanchas y olvidadas en el fondo del mar. El de Pausides González con el de Alejandro Martínez se fusionaban en un túnel hecho de letras, de nombres y apellidos. El primer día del congreso me fue imposible entrar en contacto con los secuestradores de Gonzo, así como escuchar las UxsE importantes, pues mi propia ponencia me lo impidió. Me disculpo por adelantado con la Agencia. El bautizo del libro Leer la Realidad y la señorita S To F —quien consiguió nuestro carburante— fueron los primeros responsables de mi desmemoria.

Este segundo informe lo escribí en la espalda de M con cera de vela. M fue una colega que encontré por casualidad y que también era parte de la red en Margarita, pero que no me fue presentada en la interzona por razones que descubrí con mis propias manos. Era ya de noche y la adrenalina había cedido paso a momentos de cordura. Reconocí mi entorno, la azotea de un bar de ambiente cuyo acceso era, paradójicamente, a través de un edificio de nombre Cristal Garden. Éramos un grupo grande de caminantes sin rumbo, hasta que mi habitación fue el rumbo.



Y cuando desperté al día siguiente, ansioso de piel entre ropa y ron, decidí que debía ir al segundo día del II Congreso crítico de narrativa venezolana.

El jueves en la mañana fue día de relecturas, figuras y movimientos, con la mayoría de las salas centradas en este núcleo; ponencias en algunos casos interesantes, en otros increíblemente abstractas. Destaca la de Vicente Lecuna, enmarcada en el análisis del discurso sobre por qué la ultraviolencia se ha transformado en un lugar transitado de la literatura venezolana. Elaboró una manera de entender la agresividad que empieza a aparecer en la narrativa y sin razón aparente actúa, obra sin remordimientos, sin cuestionamientos, implacable. Se titulaba: “El sentido de la ultraviolencia en la literatura venezolana”.

Después del almuerzo¹ un coyote me dijo en la brisa que la noche es tiza y en hebras de paja y espigas de peces me hizo llegar un mensaje de la interzona: “Pésima identificación, ahora desconfía, pues la no ficción es una trampa de la poesía”. Dejó humo y desapareció.

La sala era mediana y tenía vidrios ahumados que daban una luminosidad policial. Por ser la conferencia estelar, todos los participantes y organizadores asistieron a la UxsE de Wilfrido H. Corral, el gran especialista de la gran Universidad de California. El ambiente era de falso deslumbramiento, entre miradas oscilantes, admiración, respeto y una irrefutable envidia. ¿Qué y cómo es la no-ficción en los nuevos narradores hispanoamericanos? fue la cuestión elegida por el catedrático que no pasó de ser una introducción sobre Volpi, Fuguet, Abad y Valencia enfocada en la importancia de lo que llamaba no-ficción (eufemismo para referirse al ensayo o al texto creativo de reflexión). En su trabajo ponía de manifiesto la íntima relación con la realidad, entendiendo que obras como la de Volpi o Fuguet apuntaban hacia nuevos mundos posibles; la no-ficción por el contrario apuntaba hacia el reconocimiento de lo local, de lo contextual y su problematización. Corral interpreta el pulso creador de estos libros como una necesidad por contener, aprehender y dominar un panorama específico, ya sea un diagnóstico de la cultura actual como en el caso de Vargas Llosa y su pésimo La batalla de las ideas o un mapeo político y social de América Latina y el Caribe como en el caso de El insomnio de bolívar o Missing de Fuguet.

Desde que vi a Corral, supe que era uno de los secuestradores de Gonzo, por su desdén a los estudios culturales, por su desprecio a la bohemia, por su miedo a las aventuras y las experiencias extremas, por su enaltecimiento de lo académico. Nada de esto lo sé a ciencia cierta, pero los ojos del coyote reflejaban en él un

círculo de fuego azul pálido que describía su temperamento, una habilidad bestial para la escritura y el análisis, pero un miedo sistemático que evitó su desarrollo como escritor, sueño frustrado de la mayoría de los investigadores. La habitación se llenaba de ráfagas de luz violeta que vista desde un ángulo específico mostraban las partículas de polvo que había en el aire, partículas con personalidad que en un movimiento especial recordaban a los gauchos, a los llaneros, al espanglish. A veces las partículas se alineaban de tal manera con el haz de luz que formaban un cuchillo con el que se podía cortar el tiempo por la mitad, alargarlo, haciendo de cada palabra un ruido demoníaco que ponía en jaque el sentido real de la ponencia y la única pregunta que rondaba mi cabeza era ¿Por qué la UxsE central no trataba sobre literatura venezolana? Siendo de hecho un congreso de crítica a la narrativa venezolana. ¿Existe la literatura venezolana? ¿Qué somos? ¿Por qué existimos? ¿Por qué estoy reseñando esto? ¿Dónde está el coyote? ¿Dónde está el Taita? ¿Quién soy? ¿Por qué existo? ¿Qué hago aquí?

Este informe lo escribí con onoto en el espejo de la habitación del hotel tras haber conocido varios artistas plásticos de margarita amigos de la señorita S to F.

Llegó el viernes 7 de diciembre y trajo el final del congreso. La conjura de abandonados dedicados al ritual de la palabra debía concluir. La única persona que entendí nostálgica ese día fui yo: ni Octavio, ni Alejandro, ni Mayra, ni Luis Alfredo, tampoco Sandoval, ni siquiera Balza. No hubo una despedida, no hubo el anhelado brindis de cierre, no hubo una palabra de aliento. Tan rápido como aparecimos a invocar lecturas en Margarita, así nos diluimos en el tiempo, en la tarde nos derretimos al sol e hicimos de nuestra sombra el camino de regreso. Como era habitual, ese día se desarrollaron dos bloques de ponencias, alternando los ejes temáticos. Fue un día en que se podía escuchar mucho sobre Sánchez Rugeles, quien muy a mi pesar fue uno de los autores más trabajados. Justo era el refrigerio de las 10:30 a. m. cuando una iguana, lengua del abuelo fuego, babeó el último mensaje de la agencia: “Una crónica es un réquiem, escribe tu último informe, Gonzo se desvaneció, solo queda la calavera y flor del diablo para Sánchez Rugeles”.

Un turpial en éxtasis al pie de un obelisco olvidado me dijo algo que no entendí, pero que se reveló como un mapa del tesoro a medida que la ponencia de la Doctora Porras se desarrollaba. No solo fue que el título de su ponencia “La decadencia del intelectual: Liubliana de Sanchez Rugeles” usaba una estructura similar a la mía “Liubliana: Imaginarios y sus cambios”(justo ahí en esos dos puntos que nos unen en el ansia de definir, de hacer explícito algo), sino también en el intento de estudiar la obra como esquema de un fenómeno social. En este caso la decadencia de los intelectuales, tomando el pulso de un momento específico, contando los latidos de su tiempo en un texto de ficción. Entonces fue cuando el turpial, pupila contra pupila, diente contra pico de oro y petróleo, me señaló con pluma ligera el fondo del volcán, pero el magma estaba frío, Gabriel no es Gonzo ni es un intelectual. Te lo digo, Porras, Gabriel —protagonista de Liubliana— no es la representación simbólica de un intelectual. En ninguna otra ponencia sobre el tema —cinco en total sobre el autor, cuatro que la revisaban de manera general, tres que la estudiaban a fondo—, se le refleja así. Sánchez Rugeles no es un auriga o un médium de nuestra Venezuela fragmentada; es un simple fósforo mutilado, técnica y contexto. Cada quien se despidió con la promesa de reencontrarse más adelante. Eran las 12 del mediodía. Con paso triste regresé a mi hotel, esperando que pasara el día y cayera la noche hablando con el turpial sobre lo corta que es la vida.

Ese informe triste lo escribí en el suelo de la carretera que va hacia el aeropuerto mientras pedía cola hacia el irrevocable regreso: Caracas. El Dr. Gonzo no se encontraba en Margarita, hay que buscarlo en lirios voraces, en experiencias siniestras. Hay que lamer el filo de la realidad decididos a dejar una cicatriz en la epidermis del tiempo y Gonzo será nuestro.

¹ Uso este sustantivo equivoco para no entrar en terrenos imposibles de evitar. En el restaurante almorzaban solo los profesores y algún que otro estudiante, el lugar donde almorzaba el grueso de los estudiantes y las demás personas del congreso lo desconozco por completo, pero mis recorridos a pie por los perímetros me permiten especular que comían arepas en el cafetín de enfrente: las arepas más tristes del mundo, o menús ejecutivos en los alrededores, sin mencionar que muchos por la simple comodidad elegían la pizzería que estaba completamente en frente del complejo donde se desarrollaba el congreso.

